

## *La Importancia de la lengua española*

Las siguientes palabras fueron pronunciadas para inaugurar las Terceras Jornadas sobre la Lengua Española (Escuela de Letras - IDILL, USAL, 1998).

Señoras y Señores:

Vengo a cumplir, con gran satisfacción, el grato deber académico de inaugurar estas Terceras Jornadas sobre la Lengua Española. Al darles la más cordial bienvenida, deseo expresar con ella el testimonio de nuestra gratitud a todos ustedes, que amablemente han aceptado la invitación para asistir a este acto al que honran con su presencia.

La continuidad de esta empresa, confirmada en este nuevo encuentro, viene a probar el acierto de la propuesta concretada hace ya casi un lustro, y la constante y eficaz labor de quienes comprometen su esfuerzo en la organización inmediata de estos eventos.

Son empeños puestos en un asunto que, desde entonces hasta ahora, ha confirmado el lugar principal que ocupa en las cuestiones relevantes que atañen a nuestra cultura en particular y al diálogo cultural que inevitablemente ella debe protagonizar en nuestros días.

La lengua española, en efecto, sigue y seguirá ocupando, según todas las previsiones humanas, un lugar prominente en este tiempo de "globalización". No es posible anticipar los extremos que tocará su importancia en el siglo que está a las puertas, porque de las contingencias de la historia pueden vislumbrarse algunas cuestiones pero no sus desenlaces, que dependen del albedrío de los hombres y los pueblos. Pero no cabe duda que en el siglo XXI será nuestra lengua un fenómeno cultural singular y lleno de posibilidades, en especial en nuestro continente.

Hay en América una comunidad de cientos de millones de almas que comparten, junto a otros datos esenciales en cualquier identidad colectiva, la lengua española. Una comunidad que constituye, desde la perspectiva demográfica, el sector de mayor crecimiento.

Basta considerar el papel de nuestra lengua en el Hemisferio Norte del Continente, observando las cuestiones de toda índole que su vigoroso presente por sí mismo plantea en aquella sociedad, para juzgar, como lo he hecho, un acierto esta iniciativa de las Jornadas sobre la Lengua Española y su feliz continuidad.

El tema señalado para el encuentro de este año reviste, asimismo, el mayor interés. A su desarrollo se abocarán en estos días con saber erudito los distinguidos panelistas que tendrán a su cargo las exposiciones, y a él también se refieren las distintas colaboraciones que han sido presentadas.

Por mi parte deseo únicamente puntualizar la importancia que atribuye nuestra Casa a la consideración de estas cuestiones.

Así como no puede esperarse el éxito final de un emprendimiento confiando en la bondad de las tácticas cuando se incurre en errores estratégicos, así tampoco los mejores y más afinados métodos conducen al conocimiento del objeto que persigue la inteligencia, cuando ellos son puestos al servicio de una teoría desacertada.

No me refiero, naturalmente, al uso que de esta voz se hace con frecuencia, equiparando el saber teórico a una construcción legitimada sin otros requisitos que su



mera coherencia formal interna, sino al concepto de teoría clásico en la tradición de las humanidades. Una acertada concepción epistemológica —siempre hija de la filosofía— es imprescindible en los comienzos cuando se buscan logros apropiados.

Sabemos cuán resbaladizo se ha tornado este terreno para muchos, acaso porque las bases que se creyeron sólidas en otro tiempo se han desmoronado, y su reemplazo semeja una fuga hacia adelante que de algún modo justifique aquellas frustraciones.

Nuestra Carta de Principios, que pronto cumplirá un cuarto de siglo, anticipaba ese agotamiento, señalando, además, la necesidad de una actitud auténticamente crítica, que por ser tal, no deja nada fuera de su atenta consideración a lo real, y por eso es también una “crítica trascendente del mundo contemporáneo”.

Esto supone “un compromiso intelectual, que supere el peligro de permitir que la fragmentación del saber rompa interiormente a la persona, desmenuzando su vida en una multitud de sectores recíprocamente independientes y, en su conjunto, indiferentes al deber y al destino del hombre”.(1)

Esa fragmentación de la cultura universitaria afecta “también a las disciplinas humanísticas, tanto filosóficas como históricas, jurídicas, lingüísticas, y otras. El hombre no puede ni debe detener estos impulsos del progreso científico [...] Sin embargo, es preciso que, en esta tarea, no olvide la necesidad de integrar el propio compromiso de estudio y de investigación en una sabiduría de dimensión más global”.(2)

Ese esfuerzo siempre renovado por lograr aquella “integración del saber” que sitúa el conjunto de los conocimientos científicos en el marco de una visión integral del hombre y del universo, es, precisamente, la tarea propia de la Universidad. El aporte de las humanidades se sitúa en el centro de esa reflexión.

“La ciencia libre, comprometida únicamente con la verdad, no se deja aprisionar por el modelo del funcionalismo u otro modelo que limite la comprensión científica”. Y precisamente porque “el conocimiento de la verdad lleva en sí mismo su propio sentido”, pudo decirse con razón que “la pura ‘teoría’ es incluso un modo de ‘praxis’ humana”.(3)

Este espíritu preside los trabajos que aquí van a desarrollarse, y que agregarán, sin duda, nuevos conocimientos a la disciplina a la que se refieren, y a su aporte en orden a lograr la síntesis propia del saber universitario.

Con esta convicción tengo el honor de declarar inauguradas estas Terceras Jornadas sobre la Lengua Española.

#### Notas

- 1) Juan Pablo II, *A los universitarios del Congreso univ.*, '80, 1.4.1980.
- 2) Juan Pablo II, *ibid.*
- 3) Juan Pablo II, *A los profesores y estudiantes universitarios en Colonia*, 15.11.1980.